

tenido la sinceridad de confesar, que si entre estos papas ha habido algunos, á quien se pueden achacar flaquezas y aun extravíos, casi todos han sido recomendables por la superioridad de sus luces y de su talento, y que muchos han hecho venerable su nombre con la santidad de su vida. Este artículo lo concluiremos con una reflexión del cardenal Gil de Viterbo, prelado que vivia á fines del siglo XV., y que era distinguido entre los doctos de su tiempo. « Si la residencia de la santa Sede en Francia » (dice él) puede mirarse como un tiempo de nubes y de » obscuridad respecto de los males que causó, tanto á la » ciudad de Roma, como al estado eclesiástico y á lo res- » tante de la Italia, se puede tambien llamar tiempo de » luz y de prosperidad, atendidas las sublimes prendas de los que ocuparon la cátedra de san Pedro en toda la du- » racion de esta época. »

ARTICULO VIII.

Principio del gran cisma de Occidente. Tentativas inútiles para extinguirlo. Carácter y conducta de los papas hasta el fin de este siglo.

Ya entramos en los tiempos mas funestos para la Iglesia. Jamas habia experimentado el cuerpo christiano una continuacion de turbaciones ni escándalos, semejantes á aquellos de que fué á un mismo tiempo testigo y víctima durante esta época; y los males que hemos referido, tan grandes y deplorables como nos han parecido, no eran mas que anuncios de los que desoláron á la Europa christiana en los 20 últimos años del siglo XIV., y en los 30 primeros del XV. Vamos á ver á un tiempo dos pontífices en la silla apostólica emplear todos los artificios de la política para ganar reyes y pueblos, cargar e mutuamente de maldiciones, é inventar nuevos medios para sostenerse en el puesto á que los habia ensalzado la negociacion ó la discordia. Todas las naciones se interesarán en esta guerra sacerdotal: cansadas de fluctuar entre los dos competidores, que se disputarán la tiara, tomarán el partido de no reconocer á ninguno, y de establecer cada una en su propia casa para los asuntos eclesiásticos una forma de

administracion de que no habia habido todavía exemplar desde el origen del christianismo.

La muerte de Gregorio XI. es la época del desgraciado cisma, cuya historia vamos á comenzar, para proseguirla y concluir la en el siglo siguiente. De 16 cardenales que se hallaron entónces en Roma, 11 eran franceses, 4 italianos y 1 español: lo restante del sacro colegio no habia desamparado todavía el condado de Aviñon, adonde se sabia que se proponia volver el difunto papa. Luego que los cardenales de Roma entraron en cónclave, se amotinó el pueblo, acudió á las armas, rodeó el palacio, y gritó como furioso: queremos un papa romano, *lo volemo romano*, amenazando despedazar á los cardenales, sobre todo á los franceses, sino condescendian con lo que se les pedia. La causa de este tumulto, y del de eo evidente que se manifestaba de este modo, de tener papa romano ó italiano, era el rezelo de que segunda vez se trasladase la santa Sede á la otra parte de los montes. Atemorizados con los clamores, que iban creciendo cada instante mas, y juzgando poco segura su vida, eligieron los cardenales apresuradamente y como forzados por las circunstancias á Bartolome de Prignano, napolitano, arzobispo de Bari. El pueblo impaciente continuaba sus gritos y amenazas. La palabra Bari, pronunciada por algunos, hizo creer á los sediciosos que el papa electo era el cardenal de Bars, mirado como frances, porque era de Lorena, y excitó en el populacho nuevos extremos de furor: se forzáron las puertas del cónclave, el tropel se introduxo en él, anduvo á tientas, robó los muebles, ahuyentó los criados, aporreó algunos, y los mismos cardenales no se hubieran libertado de los golpes, ni aun quizá de la muerte, á no haber escapado. Habiendo gritado una vez: éste es el cardenal de san Pedro, creyeron algunos sediciosos que este prelado habia sido elegido, y cogiéndolo contra su voluntad, lo pusieron encima de un altar, lo adoraron, y le hicieron todos los honores que se acostumbra hacer á los nuevos pontífices al tiempo de su exáltacion; pero reconociendo despues que se habian engañado, lo dexaron llenándolo de maldiciones.

Luego que pareció haberse sosegado algo el alboroto, juntaron los magistrados de Roma 12 cardenales, que se hallaban todavía en aquella capital, para proceder al en-

tronizamiento y coronacion del nuevo papá, cuya ceremonia se hizo el día de Pascua, que era en aquel año de 1378 el 17 de Abril, sin que le acompañasen aquellos extremos de alegría que se acostumbraba advertir en semejantes ocasiones. La tristeza y melancólico silencio de los circunstantes eran consecuencia de lo que acababa de suceder, y presagio de lo que habia de verse muy en breve. Hasta el instante de su exáltacion habia sido tenido Urbano VI. en la opinion de todos por un prelado modesto, piadoso, desinteresado, enemigo de la simonía, zeloso de la justicia y buenas costumbres; pero apenas se sentó en el trono pontificio, quando se desvanecieron todas estas buenas prendas: y sea que alucinado con el resplandor de su grandeza hubiese mudado de repente de índole, ó roto el velo baxo del qual habia procurado encubrirse, lo cierto es que no se vió en él mas que un hombre duro, imperioso, violento, implacable en sus venganzas, únicamente ocupado en discurrir cómo habia de ensalzar y enriquecer á su familia.

Los cardenales que habian elegido á este pontífice, conforme á la idea ventajosa que habian formado de él, no tardaron en arrepentirse de su eleccion. Léjos de ganarlos con afabilidad y cortesía, parece que Urbano hacia estudio de humillarlos con reprehensiones poco comedidas, que no cesaba de darles en particular y en público. Con los franceses gastaba todavía ménos miramiento que con los demas: tratábalos peor, y les reprehendia con aspereza los defectos que tenian, y los que le parecia descubrir en ellos. Indignados, pues, de verse gobernados con tanta altanería por un sugeto que les debia su exáltacion, se fueron saliendo uno tras de otro de Roma, y se retiraron primero á Aragon, y despues á Fondi en el reyno de Nápoles. Desde allí escribieron al rey de Francia Carlos V., á los demas príncipes de la christiandad, á las iglesias, á universidades, y á 6 de sus compañeros, que se habian quedado en Aviñon, que la eleccion del arzobispo de Bari era nula; porque se habia hecho por violencia y sin libertad, añadiendo que no se le debia reconocer por cabeza de la Iglesia, y que el interes de la religion exigia de ellos que procediesen á otra eleccion que fuese libre y canónica. Hecha una protestacion tan pública, se debia preveer lo que iban á hacer, y tomar medidas para

prevenir el cisma que iba á levantarse; pero no vemos que ninguno de la Iglesia haya hecho nada para impedir esta desgracia, ni aun el papa Urbano, que tan interesado era en no consentir que se le pusiese un competidor; mas este papa no cuidaba de otra cosa que de seguir los proyectos que habia formado para el ensalzamiento de su familia. Entónces negociaba con Carlos de Durazzo, llamado al reyno de Nápoles por la reyna Juana, que le habia suscitado un rival en la persona de Luis, conde de Anjou, hermano del rey de Francia Carlos V. Urbano ofrecia á Durazzo la investidura del reyno de Nápoles, con la condicion de que este príncipe habia de ceder los ducados de Capua y de Melfi con otras muchas posesiones á su sobrino Francisco Prignano, hombre de malas costumbres y generalmente despreciado. No es creible que Urbano ignorase la tempestad que contra él se iba fraguando en Fondi; sino que es mas probable que su orgullo lo cegó para no ver el riesgo que le amenazaba, y que tuvo por magnanimidad el despreciarlo.

Tres cardenales italianos se habian quedado en Palestrina, sin embargo de no estar mas contentos con Urbano que los demas. Los de Fondi los traxeron con un ardid, de que no supieron defenderse. Todos tres recibieron separadamente cartas, en que se les prometia la dignidad pontificia si venian á juntarse con sus compañeros. El artificio surtió bien: los tres italianos seducidos por la esperanza de ser elegidos, pasaron á Fondi, sin declararse unos á otros. Entraron en cóncave con los franceses, y el día 16 de Septiembre de 1378 vieron con admiracion, al verificar el escrutinio, que el cardenal Roberto, de la casa de los condes de Ginebra, habia juntado la pluralidad de los votos. Este nuevo pontífice se coronó el día 31 de Octubre siguiente, y tomó el nombre de Clemente VII. Hallándose en la edad de 36 años, tenia mucho corazon, sabiduría y eloqüencia, y sobre todo talento para los negocios, y su actividad lo hacia á propósito para el trabajo. Los cardenales que habian contribuido á su exáltacion, esperaban que su mérito personal, junto con su distinguido nacimiento, por el qual era pariente ó aliado de muchos soberanos, le conciliaria el favor de los príncipes, y los reduciria á su obediencia, y que por este medio podria este papa, mejor que ningun otro, con-

trapesar el crédito de su rival en la Europa christiana.

Urbano advirtió demasiado tarde el perjuicio que le habian causado su imprudencia y su extremada severidad; pero no por eso se corrigió, antes vemos por la série de sus acciones, que su aspereza natural fué degenerando poco á poco en tiranía y crueldad. Con el fin de fortalecer su parcialidad, creó 29 cardenales de varias naciones. Veinte y seis admitieron una honra que los comprometia en sus contradicciones, y los exponia á sus violencias; y 3 la rehusaron. Esta promocion, que procedió algunos dias á la eleccion de Clemente VII., parece anunciaba que Urbano comenzaba á conocer quánta ventaja podria sacar contra él su contrario, qualquiera que fuese, de la desercion casi total de los cardenales. Era preciso llenar este hueco, extinguir una soledad que lo acusaria á los ojos del universo, é irse proporcionando heuras en todas las cortes de Europa. Si estas fueron las ideas de Urbano, se ve que su política no carecia de combinacion, y que no lo abandonaba en la necesidad; pero por desgracia suya acudia muy tarde á su socorro, y habia aguardado, para aplicar remedio al mal que él se habia causado á sí mismo, á que este mal fuese irremediable.

Desde el punto que se hizo pública la eleccion de Clemente VII., se dividió todo el catolicismo entre los dos pontífices. La obediencia de Urbano se extendió á los principios mas que la de su rival. En ella contaba la Alemania, la Hungria, la Inglaterra, la Polonia, la Dinamarca, la Suecia, una parte de España, y casi toda la Italia. La Francia, que primero se habia declarado por la neutralidad, se declaró algun tiempo despues en favor de Clemente; y á su exemplo Castilla, Aragon, Navarra, Escocia, Saboya, Lorena y algunos otros estados entraron en la obediencia de este pontífice. Asimismo se vieron personas insignes en virtud en uno y otro partido. Santa Catalina de Sena, que habia contribuido tanto á que se restituyese á Roma la silla apostólica en tiempo del papa Gregorio XI., fué siempre afecta á Urbano, del mismo modo que el príncipe Pedro de Aragon, de la orden de los menores, personage célebre por sus revelaciones; pero el bienaventurado Pedro de Luxemburgo prefirió la comunion de Clemente, como tambien san Vicente Ferrer, cuya reputacion comenzaba á establecerse. Esta division

de opiniones, y las razones que se alegaban por unos y otros para justificarse y combatirse, tratando al caudillo del partido que no se seguia, de intruso y de ilegítimo papa, han causado tanta incertidumbre sobre los derechos legítimos ó usurpados de ambos competidores, que aun en nuestros dias los hombres mas instruidos y que estan mas alerta contra qualquier sorpresa ó preocupacion, han juzgado que la quëstion debia quedar indecisa. Parece que todo hombre prudente debe pensar del mismo modo, al ver los cuerpos mas distinguidos por sus luces, y las personas que gozaban de mayor crédito de saber y de piedad, no atreverse á decir qual era el verdadero pontífice ó el antipapa en un tiempo en que estaban instruidos de mil circunstancias ignoradas el dia de hoy, que podian ayudarlos á formar un juicio que temian arriesgar.

Publicáronse en ambos partidos un crecido número de memorias en que se empleaban las razones mas fuertes para defender los derechos del papa que se queria conservar, y probar la intrusion del que se procuraba derribar del trono pontificio. Todos estos escritos, cotejados y desmenuzados, se reducen á quatro medios en favor de uno y de otro. No será malo exponerlos á la vista del lector ántes de dar razon de la conducta que ambos competidores tuvieron, uno respecto del otro, y de los que participaban de su fortuna. Estos quatro medios son los siguientes.

Razones en favor de Urbano VI. 1.^a Los alborotos excitados en Roma al tiempo del cónclave no eran tan extremados que infundiesen en los cardenales un temor capaz de trastornar su constancia, y de quitarles la libertad. 2.^a Aun quando al tiempo de la eleccion hubiera sido verdadera esta falta de libertad, se halló plenamente reparada con el consentimiento muy libre que dieron despues los cardenales, asistiendo á todos los actos de que era principio esta misma eleccion, como el entronizamiento del arzobispo de Bari, su coronacion, la asistencia á los officios divinos que celebró siendo papa en los consistorios que tuvo, la sollicitacion y logro de las gracias que de él recibieron, &c. 3.^a El testimonio de los cardenales que abandonaron á Urbano despues de su eleccion, no es admisible en este asunto; porque su proceder ha sido doble y artificioso, en que habien-

do hecho primero al nuevo pontífice los honores que se deben á la cabeza de la Iglesia, y escrito por todas partes en su favor, lo han desacreditado despues generalmente, y procurado hacerlo pasar por intruso. 4.^a En la duda de si la eleccion de Urbano fué legítima ó nula, la presuncion á lo ménos ha debido estar por él, pues se hallaba en posesion de la santa Sede; y por consiguiente los cardenales no pudieron proceder á nueva eleccion hasta que la nulidad de la 1.^a se hubiese declarado jurídicamente.

Razones en favor de Clemente VII. 1.^a En la eleccion de Urbano los medios de fuerza y de violencia han sido verdaderos: unos gritos furiosos, un populacho armado, la amenaza de la muerte, las puertas del palacio forzadas por los sediciosos, &c.: nadie mejor que los cardenales pueden juzgar hasta qué grado los sorprendió el temor. Por otra parte, la precaucion que tomaron entónces de protestar contra toda eleccion hecha, ó que se hiciese en estos instantes críticos, ha hecho esencialmente nulo todo quanto pudieron obrar por medios tan manifestamente contrarios á la libertad. 2.^a Todo quanto se siguió á la eleccion de Urbano tuvo por principio y por causa única el miedo, así como la misma eleccion; ni los cardenales fueron mas libres respecto del entronizamiento y coronacion, que respecto de quanto habia precedido; ademas que estos actos subseqüentes no han podido hacer válida la eleccion, si por falta de libertad en los electores fué radicalmente nula. 3.^a Los cardenales son los únicos testigos naturales de quanto pasó en la eleccion de Urbano; los únicos por consiguiente á quien es preciso atenderse por lo que mira á los medios empleados para conseguirla. El disimulo de que se les acusa era necesario para su seguridad; y solo disimulando por algun tiempo podian proporcionar el reparar la eleccion ilegítima que habian tenido que hacer. 4.^a Siendo manifestamente nula la eleccion de Urbano, y su entrada en el pontificado una intrusion notoria, debieron mirar los cardenales como vacante la santa Sede, y tenian obligacion de proceder al nombramiento de otro papa; segun las reglas establecidas, y con plena libertad.

Urbano fortalecia todos los dias el partido de su competidor enagenando de sí con su altanería á los que le

erat mas afectos. Algunos de sus cardenales lo abandonaron para ir á engrosar la corte de Clemente, que habia fixado su residencia en Aviñon; y este se aprovechaba de todas las faltas que el orgullo ó venganza hacian cometer á su contrario. Aun los mismos parciales de Urbano estaban tan descontentos con él, que durante una mansion bastante larga que hizo en Nocera en el reyno de Nápoles, se esparcieron entre el público ciertas quëstiones que conspiraban á desacreditarlo, si es que no tenian por objeto el preparar los ánimos para su deposicion. El pontífice mandó prender inmediatamente á seis de sus cardenales, de quien sospechaba que habian entrado en la conjuracion. Fueron encarcelados de órden suya, cargados de prisiones, y puestos en tormento. Acometido él mismo en su retiro, y forzado á huir, llevó tras de sí á sus prisioneros; y luego que llegó á Génova, en donde encontró asilo, irritado con sus propias desgracias, los hizo perecer á todos uno despues de otro con varios castigos. Este proceder, mas digno de un tirano que no de un papa, lo hizo tan odioso, que nadie sintió su muerte, acaecida el dia 15 de Octubre de 1389 de resultas de la caída de un caballo. Tenia 72 años de edad, y llevaba 12 de pontificado.

Entre tanto que la Italia veia que este papa lo sacrificaba todo por su propia seguridad y por la utilidad de su familia, porque habia levantado un ejército para conquistar el reyno de Nápoles, y darlo á su indigno sobrino, Clemente VII, amado de todos los que le eran afectos, disfrutaba con bastante quietud de su grandeza en Aviñon. Sin embargo la Francia, que era la primera que se habia puesto baxo de su obediencia, y que lo amparaba con su proteccion, deseaba con ansia la extincion del cisma, y se ocupaba en buscar los medios mas á propósito para conseguirla. La corte, el clero, la nobleza, la universidad de París, en una palabra, las personas ilustres por su nacimiento, dignidad, sabiduría y piedad, concurrían á una á este último fin. Sobre esto se tuvieron muchas conferencias, á que asistieron mas ó ménos sugetos. El amor de la religion, y el deseo de la paz animaban á todos los que las componian. La universidad sobre todo mostró en estas coyunturas un zelo y unas luces que no se pueden bastantemente alabar. Tres eran los medios que únicamen-

le se hallaban para obrar un bien tan necesario al sosiego de la cristiandad, que eran, la cesion de los dos pretendientes del trono pontificio, á la que se seguiria una eleccion libre y canónica; el medio de un compromiso, por el qual uno y otro prometiese estar á la decision de cierto número de árbitros escogidos, á quien se encargase de examinar y pesar sus derechos respectivos: por último, la celebracion de un concilio general, en donde se examinase todo segun las reglas y con imparcialidad. La universidad de París, que era sin contradiccion el cuerpo mas docto de todo el mundo christiano, prefirió siempre el primero de estos tres medios; á saber, la cesion, como el mas á propósito para dar fin á todas las disputas, y para prevenir las que los otros dos medios podrian ocasionar; pero no fué posible, ni en los tiempos de que hablamos, ni en adelante, reducir á este término á los dos competidores. Sin embargo, no podemos ménos de decir en loor de Clemente VII., que mostró admitir sinceramente el medio del concilio general, y que lo hizo proponer á su rival, que lo despreció siempre con altivez, no queriendo consentir que se suscitase la menor duda acerca de lo válido de su eleccion, y de la certidumbre de sus derechos.

A sí iban las cosas, quando arrebató la muerte á Urbano VI. en medio de sus proyectos. No podia suceder cosa mas feliz en aquellas circunstancias; y esta muerte hubiera debido ser el término del cisma, si se hubiese deseado su fin con igual sinceridad en ambos partidos; pero las competencias nacionales, y la ambicion de los que pretendian la dignidad pontificia, volvieron á sumergir la Iglesia en una confusion que tan fácil hubiera sido hacer cesar. Catorce cardenales, todos italianos, que se hallaban en Roma quando se supo la muerte de Urbano VI., y muchos de los quales aspiraban al trono pontificio, entraron á toda priesa en cónclave, á hacer nueva eleccion. El dia 2 de Noviembre de 1389 eligieron al cardenal Pedro de Tomacelli, napolitano, de 40 años de edad. Era de casa ilustre, pero ignorante, poco versado en los negocios, y de ningun modo capaz de gobernar la Iglesia en unos tiempos tan borrascosos. Este es el testimonio poco lisonjero que da de él Thierry de Niem, que fué su secretario, así como lo habia sido de Urbano VI. Por otra parte este papa estaba rodeado de una

familia pobre, numerosa y codiciosa, que en todo el discurso de un pontificado de 14 años no hizo servir la autoridad de la santa Sede más que para reparar los agravios de la fortuna. La simonía se hizo tan comun y tan pública en Roma, que ya no se ponian medios para disfracarla. Las annatas se convirtieron en un derecho fixo y universal, como si ésta hubiese sido una de las rentas mas incontestables de la silla apostólica. Bonifacio IX. (que éste era el nombre que habia tomado este pontífice) lo firmaba todo sin examinarlo. Bastaba que sus parientes le propusiesen una cosa, para que la admitiese, fuese justa ó injusta. Por este medio les grangeó inmensas riquezas; y aunque fuese desinteresado para sí, recayó sobre él á los ojos de los pueblos que vivian en su obediencia, todo lo odioso de las exacciones que se cobraban en su nombre.

Clemente VII. se veía asimismo obligado á cargar contribuciones á las iglesias que lo reconocian. Además del gasto de su casa tenia tambien que mantener la de 36 cardenales que formaban su corte. La Francia sola le daba mas que los otros estados en donde lo miraban como á papa verdadero; pero se cansaba de acudir á las necesidades siempre nuevas de una corte tan numerosa, y de un pontífice que no podia negar nada á los que andaban á su rededor. Las expectativas, el derecho de espolios, las annatas, las reservas, y los otros medios inventados en estos infelices tiempos para tener algun socorro, se extendian quanto podian. El disgusto de la nacion se manifestó. La universidad de París fué el intérprete de él: dió sus quejas á los pies del trono, y las órdenes del soberano contuvieron la actividad de aquellos á quien Clemente habia encargado de recoger dinero para él en todas las provincias del reyno.

El zelo de la universidad no se reducía á oponerse por medio de representaciones á la codicia de los cortesanos del papa de Aviñon, y al saqueo de las iglesias, sino que subiendo al origen del mal hacia todos sus esfuerzos para poner fin al cisma. Ya hemos visto los medios que proponia en el pontificado de Urbano, y las razones con que apoyaba la preferencia que daba al medio de cesion. Urbano habia mirado este zelo y los proyectos de pacificacion que habia producido como ultrajes contra su perso-

na, y tentativas contra su autoridad; y así había manifestado su furor en unas cartas llenas de amenazas, en que no hablaba de nada ménos que de excomulgar á todo el cuerpo de la universidad, y de dar todavía golpes mas fuertes á algunos particulares, de quien le parecia tener mas de que quejarse. Pero estas amenazas no solo no habían impedido á los miembros mas instruidos de esta docta sociedad continuar sus trabajos, sino que aun los habían proseguido con un esfuerzo que desagradó á la corte de Francia. En ella disgustó la eficacia y libertad generosa de que usaba en sus representaciones, pareciendo su zelo demasiado inquieto y eficaz. Se la rechazó de un modo áspero, y se maltrató á sus diputados. Ella tambien se disgustó, quejóse de que sus derechos eran despreciados, y violados sus privilegios (que eran excesivos en aquellos tiempos.) Los príncipes que gobernaban baxo el nombre de Carlos VI. se dieron por ofendidos de una constancia, cuyas resultas temieron, y quisieron ser obedidos por aquel cuerpo, cuya resistencia ó sumision habían de servir de exemplo á todas las clases del estado. La universidad agraviada de una conducta que la ajaba, cerró sus escuelas, y hizo cesar la enseñanza. Una prueba del grande crédito de que gozaba entónces este cuerpo, es que la corte tuvo que ceder, y que los profesores no continuaron sus lecciones hasta despues de haber logrado la satisfaccion que deseaban.

Los pasos que la universidad continuaba dando no se miraron con mayor agrado en la corte de Bonifacio IX. que en la de Urbano VI., y por los que formaban su consejo. Sus intenciones fueron igualmente trastornadas en ella, porque había el mismo interes en oponerse á las resultas que podian tener. Aunque Clemente VII. y sus cardenales pudiesen igualmente temer que el medio de cesion, tan constantemente propuesto y fundado en razones tan poderosas, lo adoptasen al fin todas las naciones que componian una y otra obediencia, sin embargo aparentaban mas rectitud, y se mostraban mas compadecidos de los males que causaba el cisma en la Iglesia. Para manifestar lo sincero de sus disposiciones, y el deseo que tenia de restablecer la paz, hizo proponer la corte de Aviñon á los cardenales del otro partido la celebracion de un concilio general; pero no se le dió oídos, ya porque

se dudase de su franqueza, ó porque el interes personal se antepusiese al objeto del bien público; cosa muy ordinaria entre los hombres que son gobernados por la ambicion y codicia. Entre tanto que se negociaba, que se tenían conferencias, y que se extendian memorias en Francia, en Roma y en la corte de Clemente VII., un suceso imprevisto desbarató todas las medidas que se dirigian á la union, y la dilató mas que nunca. Clemente VII. fué arrebatado por una muerte repentina, despues de 16 años de un pontificado que hubiera podido en tiempo mas sosegado ser feliz para la Iglesia, y glorioso para él. Tenia pensamientos bastante elevados, entendimiento, capacidad, talento y otras buenas prendas para gobernar la Iglesia con prudencia, si hubiese sido dueño de seguir sus ideas; pero las circunstancias en que se halló lo tuvieron en una continua sujecion á los que andaban á su lado. No hizo sino lo que quisieron, y lo que quisieron fué por lo comun opuesto á lo que pedia el verdadero interes de la Iglesia. Fué franco con ellos en premio de su afecto, en gracias, honras y riquezas, hasta exponer su memoria á la nota y baldones de la posteridad.

Por el modo como se portaron en la muerte de Clemente VII. dieron muy bien á conocer estos cortesanos interesados que no era el mayor bien de la religion, ni las ventajas de la union entre los pueblos christianos lo que los impelia. No ignoraban las tentativas hechas hasta entónces para la extincion del cisma, y con quanta ansia la deseaban generalmente los doctos y piadosos, con especialidad en Francia. Sin embargo, apénas había espirado el papa Clemente, quando á toda priesa le dieron sucesor. Quizá fueron engañados, como se ha escrito, por las intenciones pacíficas con que se cubria el cardenal Pedro de Luna, en quien recayó la eleccion; pero á qué apresurase tanto á elegir este cardenal, ó qualquiera otro cuyas ideas se hubieran conocido mas á fondo? Por qué no se había de consultar á los príncipes christianos en un asunto en que debian interesarse tanto? Por qué no se habían de haber abierto las cartas del rey de Francia y de la universidad, entregadas al mas antiguo de los cardenales en el mismo instante que entraban en cónclave, como si se hubiese previsto lo que contenian, y se hubiese deter-

minado no acceder á ello? Por último, por qué no se había de aprovechar una ocasion que se sentia haber ya malogrado, y sacar utilidad de un suceso con el qual cesaban por sí mismos la mitad de los obstáculos que hasta entónces habian hecho frustrar todos los proyectos de reunion?

Clemente VII. habia muerto el día 16 de Septiembre de 1394; los cardenales entraron en cónclave el 26, y al 28 ya hubo el sucesor que hemos nombrado, Pedro de Luna, valenciano, de nacimiento ilustre, que habia desempeñado con acierto en el pontificado de Clemente VII. muchas comisiones delicadas que se le habian encargado. Como entónces no era mas que diácono, se ordenó de sacerdote el día 3 de Octubre, y el 11 del mismo mes fué consagrado obispo antes de la ceremonia de su coronacion. Antes de su eleccion, este pontífice, conocido con el nombre de Benedicto XIII., habia firmado una escritura juntamente con los demás cardenales, por la qual se obligaba cada uno de ellos baxo de juramento á hacer todos sus esfuerzos, si llegase á ser elegido, para restituir la paz á la Iglesia, aun quando para ello fuese necesario renunciar la dignidad pontificia. Las mismas disposiciones habia manifestado en Francia estando allí exerciendo el cargo de legado; pero luego que se sentó en la silla de san Pedro se olvidó de sus promesas y juramentos, y no hubo cosa que lo pudiese mover á baxar de este eminente puesto. Reyes, prelados, naciones, cuerpos depositarios de la ciencia y de la doctrina, los concilios mismos le instaron, pero en vano. La palabra cesion lo atemorizaba, y si alguna vez se conseguia conmoerlo con la fuerza de las razones, en volviendo los ojos al trono pontificio revivia en su corazon la resolucion de no abandonarlo jamas. De aquí nació que la Francia, convencida de la invencible obstinacion de este pontífice, se apartó de su obediencia, abrazó la neutralidad hasta el restablecimiento del órden antiguo, y se hizo reglas para gobernarse por sí sola en las cosas espirituales, entre tanto que la Iglesia tenia cabeza universalmente conocida, y cuyos derechos estuviesen libres de toda incertidumbre.

Esta resolucion se tomó en una Junta nacional, á la qual se ha dado comunmente el título de concilio, sin duda porque el asunto que se trató en ella interesaba direc-

tamente á la Iglesia, y los que la compusieron eran los mas prelados. Túvose en la santa capilla de París el día 2 de Febrero de 1395 y los siguientes, en presencia del rey, de los príncipes de la sangre, de Carlos III., rey de Navarra, de los embaxadores del rey de Castilla Juan II., del rector de la universidad de París, y de los procuradores de las quatro facultades, de los diputados enviados por las universidades de Orleans, de Angers, de Montpellier y de Tolosa, y de un crecidísimo número de doctores en teología y derecho. Entre los prelados estaban los patriarcas de Alexandría y de Jerusalem, los arzobispos de Leon, de Lens, de Reims, de Ruan, de Tours, de Burges y de Besanzon; 46 obispos, 11 abades, algunos deanes de cabildos, y 6 procuradores ó diputados de diferentes diócesis. Tambien se admitieron 4 consejeros del parlamento de París, 3 abogados del mismo tribunal, y el rey quiso que el canceller de Francia, Arnaldo de Corbia, asistiese á todas las deliberaciones.

Luego que hubo concluido la junta sus operaciones, el rey que no queria hacer nada con precipitacion en un asunto de semejante importancia, envió sus tres tíos los duques de Berri, de Borgoña y de Orleans en embaxada al papa Benedicto XIII., proponiéndole el medio de cesion como el único de concluir el cisma; medio que debia abrazar con tanto mayor facilidad, quanto habia jurado solemnemente el abrazarlo, si se juzgase necesario para el sosiego de la Iglesia; pero este pontífice tenia ya hecho su ánimo, que era morir en posesion de la tiara, cuyo resplandor lo consolaba de antemano en todos los reveses á que iba á exponerse por conservarla. Nada bastó á triunfar de su obstinacion, y vió sin alterarse que los cardenales que le habian sido mas afectos abandonaron su corte despues de haberse declarado por la cesion. Siendo inútiles todos los medios empleados hasta entónces, pronunció por último en una nueva junta celebrada en el mes de Julio de 1398 la negacion absoluta de obediencia, que se autorizó con despachos del rey y con el registro solemne del parlamento. Las cosas quedaron en este estado hasta fines del siglo XIV.; entre tanto que Benedicto XIII., abandonado de todos, y sitiado en su palacio por el mariscal de Boucicaut, prometia renunciar el pontificado para tener víveres, y se retrataba inmediatamente. Todavía ten-

dremos ocasion de hablar de este papa quando volvamos á la historia de este cisma tan largo y tan funesto, delineando la del siglo XV.

ARTICULO IX.

Reflexiones sobre los religiosos mendicantes. Sus desavenencias con la universidad de París y con el Clero. Cisma en la orden de los Padres Menores.

Aunque el origen de las desavenencias que se suscitaron entre la universidad de París y los religiosos mendicantes suba al siglo antecedente; sin embargo hemos reservado su exposicion para este lugar de nuestra obra, á fin de reunir baxo de un mismo punto de vista todo lo que corresponde al mismo objeto. La universidad de París gozaba en Francia y en todo el mundo christiano de la alta reputacion que se habia grangeado desde los primeros tiempos de su fundacion. En la menor edad de san Luis, habiendo sido muertos algunos de sus estudiantes por unos soldados en una de aquellas disputas ocasionadas por la licencia, pidió justicia; pero como no la alcanzase, creyó violados sus privilegios, y agraviada su dignidad. Para dar á entender su dolor y resentimiento cerró sus escuelas, y suspendiendo los profesores sus funciones se retiraron á diferentes ciudades. Los dominicos establecidos en París en una casa de la calle de Santiago, que es por lo que se les dió en Francia el nombre de jacobitas, procuraban, como todos los demas mendicantes, extender su crédito y dominio haciéndose útiles. Ya tenian una cátedra de teología en su convento; y se aprovecharon de la suspension de la enseñanza y de la ausencia de los doctores para establecer otra. Esta nueva cátedra fué un manantial de discordias entre estos religiosos y el cuerpo de la universidad, quando sus doctos miembros fueron llamados, y volvieron á sus funciones. Restablecida la universidad en todos sus derechos, quiso poner á los dominicos en la forma en que estaban ántes del acontecimiento que habia sido causa de su retirada, y no concederles, como entónces, mas que una sola cátedra de teología. Estos pretendieron mantenerse en la posesion que habian adquirido, y conservar las

dos cátedras á un mismo tiempo. Esta disputa, que se agitó por una parte y otra con mucha viveza, produjo mientras duró una multitud de incidentes, que no desmenuzaremos; pero en los cuales estuvo mucho tiempo ocupada la corte de Francia, porque el orden público llegó á perturbarse, y mas todavía la corte de Roma, que habia tomado conocimiento de ellos.

Los dominicos, á título de mendicantes, tenian mucho valimiento en Roma, y los papas, cuyas pretensiones apoyaban, los protegian con todo su poder. Inocencio IV., y despues de él Alexandro IV., propensos á quanto pedian estos religiosos, manifestaron toda su autoridad para obligar á la universidad á admitirlos en su gremio; pero este ilustre cuerpo se habia hecho justicia á sí mismo, expidiendo un decreto que excluia de él á todos los mendicantes. A este fin lo envió la universidad á todos los obispos del reyno con una carta circular, en que imploraba su proteccion contra la persecucion que se quejaba que sufría. Sin embargo, los dominicos proseguian el negocio en Roma con toda aquella actividad que los cuerpos poderosos y apoyados de la autoridad emplean regularmente en las cosas que les interesan. Todas las decisiones, ya de los papas, ya de los comisarios á quienes encargaron de obrar en su nombre, fueron contrarias á las súplicas que la universidad juzgaba fundadas, tanto en el tenor de sus privilegios, como en la misma naturaleza de su constitucion. Por último este cuerpo tuvo que ceder despues de una larga resistencia, y admitir á los mendicantes en su gremio, con la condicion sin embargo de que siempre ocuparian el último lugar, ya en los actos públicos, ya en las juntas. Pretendese que Alexandro IV. publicó mientras duró este asunto mas de 40 bulas en favor de los padres predicadores y contra la universidad. Esta multitud de decretos para un objeto de esta naturaleza prueba quán estimados eran de los papas los religiosos mendicantes, y quán útiles los juzgaba la corte de Roma, asegurada de su devocion, para la execucion de sus designios.

Uno de los mas acérrimos defensores de los derechos de la universidad en estos debates fué el célebre Dr. Guillermo de Saint-Amour, canónigo de Bovés, y profesor en teología. Habia compuesto una obra contra los mendicantes, intitulada: *del peligro de los últimos tiempos*, en la que no per-